

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III  
NUM 112

40 Cents.

10 ABRIL  
1927



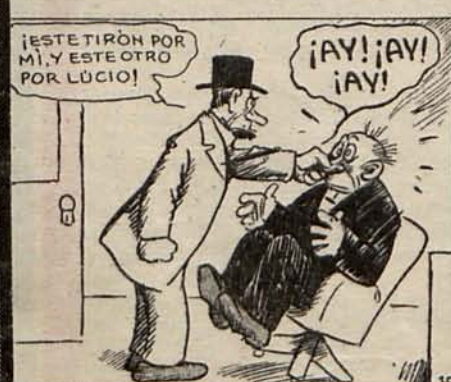


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





**PROGRAMA  
PARA HOY**

**LAS  
LUCES  
DEL  
JAGUAR**

*Sensacional*

# GRAN CINE



## Las luces del Jaguar

**L**os habitantes del puerto de Penuela, pueblo de Sur América, hallábanse en fiestas y con tal motivo todo era animación y regocijo. El motivo de las fiestas era la llegada de unos barcos de guerra ingleses que arribarían aquel día al puerto para hacer una visita amistosa.

Precediendo a la flota, acababa de llegar el destroyer «Huracán», mandado por el intrépido y joven oficial Colin Wood. Ancló el «Huracán» en la desembocadura del muelle, y Colin Wood fué desde el barco en un bote a tierra donde le recibió afectuosamente un muchacho inglés, de tez bronceada, que se llamaba Dennis Stone, y que exclamó con alegría:

—¡Cuánto me alegro de verte, Colin! ¡Desde hace cuatro años que salí de Inglaterra, no te había echado la vista encima! ¿Tienes algunas horas libres?

—Muy pocas, porque a las once tengo que estar en el barco. Ya sabes que los buques de guerra llegarán aquí al amanecer. De todos modos he pedido licencia por telégrafo para venir a tierra y pasar unas horas contigo.

—¡Magnífico! —exclamó Dennis entusiasmado—. Tengo mi coche aquí en el muelle y nos llevará a casa en un momento.

—¿Vives muy lejos de aquí?

—A diez kilómetros, pero en este coche ya verás como no notas la distancia.

Colin se sentó a su lado y el motor comenzó a trepidar.

El cochecito rojo salió del pueblo metiéndose por una solitaria carretera que seguía por la costa con dirección al Norte.

Después de una jornada de diez kilómetros, los dos amigos dieron vista a la casa, que quedaba a poca distancia de la escarpada orilla del mar.

—Ahí tienes mi casita —dijo Dennis.

—Es una lástima que la flota pase por aquí de noche —observó Colin —; pues si hiciera el desfile por el día, tendrías una hermosa vista desde tu casa.

—¿Crees tú que la flota se aventure a llegar hasta aquí? —preguntó Stone.

—Sí. La flota navega a lo largo de la costa del Norte para pasar por el canal de Jaguar.

—El canal está detrás de ese cabo que se ve desde aquí —dijo Dennis señalando frente a él—. Ese cabo está formado por unos peñones altos e imponentes. Si quieres podemos ir ahora allá.

—Pues sí; acepto tu invitación, porque me agrada verla desde la orilla.

Y dejando la casa atrás, el automóvil continuó hasta quedar como a medio kilómetro del cabo. Desde allí los dos amigos pudieron contemplar a su gusto el canal del Jaguar. Era éste un río de agua transparente, que corría entre orillas de escarpadas y puntiagudas rocas.

La posición del canal se distinguía perfectamente, pues a poca distancia de la orilla flotaba una gran boya luminosa y un poco más hacia el mar, y pegada a las rocas de la orilla, se divisaba otra; durante el día estas boyas se veían perfectamente y por la noche también, pues se iluminan automáticamente.

—¡Me parece que voy a quedarme levantado esta noche para ver llegar los barcos —observó Dennis Stone dando vuelta al coche para ir a su casa.

—No te va a servir de nada, amigo. Porque hoy no hay luz y no verás más que unas luces moviéndose en el mar. Mejor es que te acuestes.

Al llegar a casa los dos amigos, se sentaron a tomar un refrigerio, y departiendo amistosamente se les pasaron más de

dos horas. Como ya obscurecía, Colin tuvo que ir pensando en volver al «Huracán».

—Siento tener que dejarte, Dennis, pero el deber me llama. Te agradecería me llevaras en tu coche antes de que se haga más tarde,

—Haré más que eso; te llevaré hasta el «Huracán» en mi canoa automóvil. La tengo ahí abajo, en una caseta en la playa, y está siempre preparada para echarla al agua, pues para ir al puerto hago más uso de ella que del automóvil.

—¡Magnífico, querido Stone!

Los dos amigos salieron de la casa y fueron hasta la playa por un atajo. Abrieron la caseta y echaron la canoa al agua; en cuanto Dennis y Colin estuvieron dentro, el motor empezó a funcionar y se alejaron de la orilla en línea recta, hasta estar a un cuarto de milla; allí, Dennis, que iba al motor, viró a la derecha.

—¡Espera un momento! ¡Para el motor! —gritó Colin.

—¿Qué te ocurre?

Colin iba mirando para atrás por la popa del bote; éste iba directamente hacia el cabo y ya se distinguían claramente las luces del canal de Jaguar.

—¿No notas algo raro en aquellas luces, Dennis?

—A mí me parece que están como siempre.

—Puede que tengas razón; pero yo creo que están más distantes de la orilla de lo que debieran,

—Son aprensiones tuyas, Colin —dijo Dennis con incredulidad—. ¿Cómo crees que las boyas pueden cambiar de sitio?

—No lo sé, pero me parece que no están bien, y si no tienes inconveniente, vamos a ir a echar un vistazo, pues de la posición de esas luces depende la seguridad de los barcos que tienen que atravesar el canal esta noche.

La canoa automóvil viró en redondo, dirigiéndose hacia las luces; cuando pasaban por delante del promontorio, atrajo la atención de Colin algo extraño en la orilla. Acababa de ver una lucecita moviéndose entre las rocas de la escollea. A una palabra suya, Dennis maniobró con gran rapidez y destreza hacia la orilla. Todo estaba allí en la mayor obscuridad, pero los dos jóvenes saltaron a tierra buscando por todos sitios la luz que habían visto. No sospechaba Colin Wood que se trataba de una traición; creía sencillamente que una de las boyas se habría soltado de las amarras y que la corriente la habría llevado hacia las rocas del Jaguar, y que la luz de la playa procedía de los hombres que hubieran ido a arreglarla.

Pero no tardó en deshechar estas suposiciones pues al andar por entre las rocas fueron sorprendidos por unos cuantos hombres que se les echaron encima atacándolos violentamente. Tanto Dennis como Colin pelearon valientemente a pesar de que las circunstancias estaban contra ellos. Pero como sus contrarios eran muchos más, dejaron tendidos en tierra a los valientes ingleses de un golpe cobarde por la espalda.

=====

**Solo hasta fin de mes** puedes suscribirte a **PINOCHO**

con derecho a entrar en el **GRAN SORTEO**.

Para entrar en el **Tercer gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio, una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más), es necesario pagar un año de suscripción antes del día 30 de este mes de abril.





## La flota, en peligro



LGUNAS horas más tarde recobró Colin el conocimiento, dándose cuenta de que estaba atado de pies y manos en el suelo de una cueva. Una pequeña linterna de aceite que estaba a su lado le hizo ver a seis hombres a la entrada de la cueva.

—Ya es la hora—dijo una voz aguardentosa—. Dentro de un momento los buques de guerra ingleses entrarán en lo que ellos creen el canal e irán a estrellarse contra las rocas del Jaguar.

—Sí; me parece que nuestro plan nos va a salir bien—replicó otra voz gutural—. Ha sido una idea magnífica el apagar la luz del canal y colocar otra entre las rocas.

Ambos hablaban en un lenguaje que proclamaba que no pertenecían ni a Inglaterra ni al país donde estaban llevando a cabo tan criminal hazaña.

—¡Ah! ¡Esta sí que va a ser una buena noche para los que odiamos a esos británicos del demonio!—dijo el que había hablado primero—. Y también es una suerte que ese oficial inglés esté aquí para cuando los buques encallen. Ninguno de ellos saldrá ileso.

Fácilmente puede imaginarse el efecto que estas palabras producirían en Colin Wood, quien creía no haber entendido bien, pues no concebía que hubiera gentes capaces de cometer tan horrible crimen, y al verse atado de pies y manos e incapaz de hacer nada por salvar a la flota, luchó con toda su fuerza para libertarse de las ligaduras que se lo impedían.

—Por ahora no hay nada que pueda estorbarnos el plan—oyó decir a uno de los hombres—. Es mejor que huyamos, no sea que a última hora se eche todo a perder.

—Sí; marchemos en el bote que nos ha servido para traer la luz entre las rocas.

—La canoa de esos ingleses podemos dejarla.

—¡De todos modos no han de poder usarla!—añadió uno de los otros con risa feroz.

Y los piratas salieron de la cueva, dejando a Colin luchando por quitarse la cuerda con que estaba atado. A seis metros de él estaba tirado Dennis, que en aquel momento volvía en sí.

—¡Dennis, Dennis, espígate, hombre!—apremió Colin—. Hay que procurar salir de este atolladero en seguida; tenemos mucho que hacer.

Dennis masculló algunas palabras ininteligibles y Colin consiguió llegar hasta él arrastrándose.

—Ponte boca abajo—dijo—; voy a ver si puedo desatar con los dientes los cordeles que te atan las muñecas a la espalda.

Dennis púsose boca abajo, como le ordenaba Colin, y éste empezó a desatar las ligaduras con los dientes; las mandíbulas ya le dolían horriblemente y todavía no había conseguido hacer ninguna mella en la cuerda, pero a fuerza de paciencia logró desatar un nudo en el momento que un distante sonido llegaba hasta él.

La sangre se le paralizó en las venas. ¡Aquel sonido era la sirena de uno de los buques que venían hacia el Jaguar.

Acabó de completar la obra y los brazos de Stone quedaron libres; luego, el mismo Stone se desató las ligaduras de las piernas e hizo lo mismo con las de Colin.

—¡Ahora... de prisa, a la canoa!—exclamó oficial buscando la linterna en sus bolsillos; pero, ¡oh desilusión!, aquellos bandidos se la habían quitado; y no era esto lo peor, sino que habían destrozado los faros de la canoa.

—¡Los piratas no se exponían a correr ningún riesgo!

Volvieron a oírse las sirenas de los buques, esta vez más

cerca y a través de la obscuridad vieron aproximarse las luces de la flota. ¿Qué hacer? ¿Cómo avisar a los marinos del peligro que les esperaba entre las rocas?

Si siquiera pudiesen llegar hasta la falsa luz y destrozarla, ya sería bastante porque entonces los buques escudriñarían el cabo con los reflectores, dándose cuenta de la situación del canal.

Pero no había esperanza de llegar a tiempo a la luz, que estaba colocada en medio de las traidoras rocas, porque el abrirse camino por entre aquellos escollos era tarea muy penosa. Y cuando Colin empezaba a desesperar, divisó un bote abandonado... indudablemente, el bote de que los piratas habían hablado.

—¡Aquí está nuestra salvación, Dennis!—exclamó Colin precipitándose hacia unos matorrales que crecían entre las rocas; de ellos fué arrancando gran cantidad de ramas y arrojándolas dentro del bote. Dennis le ayudó y cuando el bote estuvo lleno, Colin sacó de la canoa una lata de petróleo y la derramó sobre el bote cargado de ramas.

En seguida echaron la canoa al agua y detrás de ella el bote. Metiéndose en el agua hasta la cintura, Colin amarró el bote a la canoa, echó a andar el motor de ésta y cogió el timón.

—Cuando yo te avise, Dennis, inclínate sobre la popa y prende fuego a las ramas—gritó Colin.

Pocos segundos después estaban a la entrada del canal. Las luces de los barcos distinguíanse ahora claramente, y a Colin se le erizaron los cabellos al ver que toda la flota, guiada por la falsa luz, iba a estrellarse contra las rocas.

—¡Ahora! ¡Prende fuego!—gritó Colin.

Rápidamente encendió Dennis un trozo de cuerda embreada y la arrojó en el bote que remolcaban.

Surgió una llamarada... llamarada que se convirtió en hoguera y que Colin confiaba verían sus compañeros a tiempo.

La canoa siguió andando; luego aminoró la velocidad al ver Colin que los reflectores de los destroyers delanteros se enfocaban hacia el canal.

Un momento más y hubiera sido demasiado tarde; los destroyers tuvieron que virar rápidamente para no estrellarse.

Después de pasado el peligro, Dennis Stone cortó la cuerda que unía el bote a la canoa y él y Colin Wood subieron a bordo del buque almirante a contar el criminal atentado que se fraguaba para echar a pique la flota.

En seguida destacáronse del resto de los buques tres pequeños torpederos que con los reflectores encendidos escrutaron el mar en busca de los seis piratas.

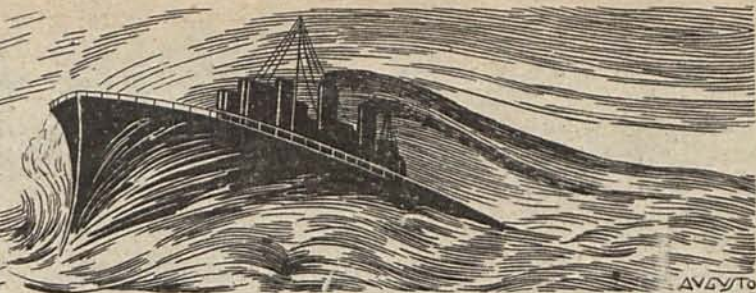
Antes de media hora ya los tenían cogidos y los bandidos sufrieron el castigo que su horrible crimen merecía.





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—No, no miento, os lo juro —repitió Alberto con energía—. Cinco años hace, cuando vos aún erais una niña, vuestro padre, para obtener un puesto destinado a otro y disfrutar con tranquilidad del producto de un hábil robo, hizo echar en una cárcel, valiéndose de una trama infernal, a un hombre honrado, joven y dichoso, que era su colega en el oficio. ¡Pues bien, ese hombre soy yo!

Miss Ellen vaciló y se llevó las manos, temblando, a la cabeza, como para detener algo que se le quería escapar; después se dejó caer en la chalupa soltando una sonora carcajada.

Patrik sintió un agudo espasmo en el corazón y se precipitó a los pies de la joven, mirándola con ansiedad.

Miss Ellen seguía riendo, mirando en derredor con ojos extraviados.

El comprendió lo que sucedía y ahogó un grito, tendiendo el puño cerrado hacia el *Crucero sin nombre*, que había vuelto a emprender la marcha.

—¡Miserables, miserables!...

Y miss Ellen continuaba riendo con irrefrenables risotadas, insensatamente.

Estaba loca.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

## LIBRO SEGUNDO Los piratas del crucero.

### PARTE PRIMERA LAS AVENTURAS DE BLACK

I

UN CAMBIO DE ESCENA



El 12 de junio de aquel mismo año, es decir, próximamente tres meses después de los referidos sucesos, del piróscalo *Malabar*, de la Cunard Line, que hacía servicio entre Europa y la India, desembarcaban en el puerto de Batavia, capital de la isla de Java, un anciano *gentlemen*, de aspecto grave y distinguido, y una elegante señorita de veintidós o veintitrés años, rubia, bella, de aire un poco atrevido y resuelto.

Reconociase a primera vista en los incógnitos a dos ingleses, especialmente la joven, y parecían abuelo y nieta, llegados a tales lugares en busca de emociones de las que suelen ir a buscar, cuando pueden, los afortunados hijos de la clásica Albión.

Pero, en el caso de nuestros dos personajes, creemos que la realidad no correspondía a las apariencias, porque, escuchando su conversación, había que convencerse de que entre ellos existía una relación menos íntima y que lo que allá los llevaba era un motivo de más interés que la pura y simple distracción.

En efecto; apenas puesto pie en tierra, la joven, volviéndose a su viejo acompañante, le preguntó:

—Mister, ¿qué vamos a hacer?

—Una cosa bien sencilla, querida miss; vamos a nuestro hospedaje.

—¿Y después?

—Después hay que esperar.

—Yo me muero de impaciencia.

—¡Ah, demonio!

—Quiero verle, hablarle, decirle...

—Chst; por favor, miss, tened prudencia y hablad bajo de ciertas cosas. Pensad en que él está aquí de riguroso incógnito y que una sola palabra imprudente puede perderle.

—¡Dios mío, me asustáis!

—Mejor, así estaré seguro de vuestra prudencia.

—Tenéis razón, mister; perdonad.

—No hablemos más de ello.

La joven sonrió, ruborizándose un poco; luego replicó en voz baja:

—¿Y el otro, estáis seguro de que está aquí?

—Segurísimo; mi corresponsal me ha señalado su presencia por telégrafo. Estad tranquila, miss; el bribón cree que nadie conoce su lugar de refugio, y vive completamente tranquilo. Mas, pobre de él; no sabe hasta dónde puede llegar el brazo de un presidente de los fenianos.

Calló; indicó a la encantadora miss que subiese al coche que se había apresurado a alquilar, montó él después y se hicieron conducir al Hotel de Holanda, en el barrio marítimo de Tangiong Prioc.

Pocos minutos después de haber abandonado el muelle los dos ingleses, dos hombres y un hermoso alano, en cuyo collar estaba grabado el nombre Black, desembarcaban de un velero de modesta apariencia, fondeado ya hacia dos días en el puerto, en espera de un cargamento de azúcar.

A la isla de Java, respecto de tal producto, corresponde el segundo lugar, pues supera en producción al Brasil, a Filipinas y aun a la India; no es superada más que por la isla de Cuba.

Se calcula que produce la décima parte de la que se consume en el mundo.

Pero de esto debían preocuparse poco nuestros dos europeos, que tales eran los dueños del perro Black, probablemente ingleses, a juzgar por la lengua en que se expresaban y el acento con que la hablaban.

Sus personas, por lo demás, nada tenían de particular, y podía tomárseles por modesta gente de mar.

Caminaban en silencio y sin prisa, mirando acá y allá distraidamente, seguidos siempre por el perro, que de vez en cuando se dedicaba a olfatear en tierra las huellas de alguno de sus semejantes.

Pero, apenas se encontraban solos y estaban seguros de que nadie les oía, cambiaban en voz baja algunas palabras, como personas que quieren decirse algo en secreto.

—¿Vamos al Hotel de Holanda? —preguntó en uno de aquellos oportunos momentos el más joven de los dos.

—Precisamente, mi querido Mop —respondió el compañero, que no era otro que Alberto Wendover, hecho irreconocible gracias a un habilísimo disfraz.

—¿Estáis seguro de que no se trata de una trampa?

—Sí.

—Hum; ¿cómo habéis recibido la carta que os ha inducido a dejar la isla Innominada, donde, os lo confieso, estábamos tan bien?

—Me fué entregada por el capitán del velero en que hemos venido.

—¿Y vos conocéis bien a ese capitán?

—Sí.

—¿Es feniano?

—De los más fervientes.

—¿Y recibió el encargo de la carta?...

—Del mismo presidente del club de Liverpool.

—¿Aquel señor anciano del penitenciario?

—Exacto.

—¿Sería indiscreto si os preguntase el contenido?

—De ningún modo, mi querido Mop.

Y Alberto Wendover sacó del bolsillo un papel doblado y lo entregó doblado al ex ladrón.

Este se dispuso a leerla; pero, de pronto, quedóse mirando a su compañero con aire interrogativo.

—Ah, dispensad —dijo Alberto sonriendo—; me olvidaba de que la carta está escrita de un modo convencional y de que no conocéis la clave.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN  
SALGARI

M o r g a n . Un tomo.  
La Capitana del «Yucatán». Dos tomos.  
Los horrores de Filipinas. Dos tomos.

CADA TOMO,  
1,25 pesetas.





# ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

*te afecte la pena. Tu madre y la gente de la casa, están todos buenos, con prosperidad y alegría; te saludan con sus más afectuosos saludos. También hemos sabido que te has casado con Zobeida, la tocadora de laúd, y que te han exigido por su dote cincuenta mil dinares: esta suma llegará a tus manos con las mercancías que van al cuidado de tu esclavo Selin.*

Apenas Alá Addín acabó de leer la carta, tomó posesión de las cargas y, volviéndose a su suegro, le dijo:

—¡Oh padre mío! Toma los cincuenta mil dinares, dote de tu hija Zobeida, y llévate también las mercancías: las vendas y te quedas con las ganancias, dándome a mí el precio de coste solamente.

—No, no, hijo mío —le contestó—; no tomaré nada de esto, y en lo que toca a la dote de tu esposa, nosotros dos os pondréis de acuerdo acerca de lo que deseáis que se haga.

Alá Addín y su suegro entraron en la casa, después de haber mandado meter los fardos de la caravana. Zobeida, viendo todo aquello, preguntó a su padre:

—¿De quién son estas cargas, padre mío?

—Son de tu esposo Alá Addín: su padre se las envía en lugar de las que le robaron los beduinos, y le envía también cincuenta mil dinares y otros varios regalos. Por lo que respecta a tu dote, tú dirás lo que quieres.

Y Alá Addín se levantó, abrió el cofre y entregó a su mujer su dote.

Entonces, los envidiosos parientes de Zobeida se alejaron corridos y burlados.

Después de haber recogido todas las mercancías, salió Alá Addín al zoco, a comprar de comer, de beber y las demás cosas que le hacían falta, para preparar como todas las otras noches. Y dijo a Zobeida:

—¡Mira que aquellos *derwiches* son embusteros! Nos prometieron una cosa y han faltado a su promesa.

—Tú —replicó Zobeida— eres hijo del jefe de los comerciantes y a pesar de ello no tenías ni una moneda de plata; ¿qué ha de suceder a estos pobres *derwiches*?

—Dios (alto es y poderoso!) se ha dignado librarnos de ellos; pero yo no les volveré a abrir la puerta, si vienen a casa.

—¿Por qué? —le dijo Zobeida—. ¿Acaso no ha llegado a nosotros la fortuna desde la venida de ellos, y no nos han dejado cada noche debajo de la alfombra cien dinares? Es preciso, pues, que les abras la puerta, si vienen.

Y cuando el día se alejó con sus resplandores y se acercaron las sombras de la noche, encendió Alá Addín la lámpara y dijo a su esposa que tocara algo en el laúd; de pronto, oyeron llamar a la puerta. Bajó a abrir y se encontró con los *derwiches*.

—¡Bienvenidos sean los embusteros! —les dijo—. ¡Subid, adelante!

Subieron con él, les hizo sentarse, les trajo la cena y comieron y bebieron con alegría y jovialidad. Al fin, le dijeron:

—Señor, nuestros corazones han estado muy preocupados por tu causa: ¿qué es lo que te ha sucedido con tu suegro?

—Dios —contestó— nos ha enviado una ayuda mayor de la que podíamos esperar.

—Pues nosotros tenemos, bien sabe Dios, temor por ti, y no podíamos avisarte de la imposibilidad en que estábamos para procurarte el dinero.

—Más rápido auxilio nos ha llegado de parte del Señor. Mi padre me ha enviado cincuenta mil dinares, y cincuenta cargas de mercaderías, valorada cada una en mil dinares, sin contar otros regalos espléndidos. Mi suegro y yo hemos llegado a un acuerdo: ¡gloria a Dios sea dada!

Entonces el Califa se levantó y se apartó; el visir Cháfar se inclinó hacia Alá Addín y le dijo al oído:

—Cuida de conducirte con corrección, pues estás en presencia del Príncipe de los creyentes.

—¿Qué he hecho yo —preguntó Alá Addín— que no sea correcto en la presencia del Príncipe de los creyentes? ¿Quién de vosotros es el Califa?

—El que hablaba contigo y se ha marchado, ese es el Príncipe de los creyentes, Harún Arraxid; yo soy el visir Cháfar, éste es Mesrur, el ejecutor de la justicia, y aquél es Abunogüas Alhsaan Ben Háni. Reflexiona un poco, Alá Addín, y considera cuántas jornadas cuesta el viaje desde el Cairo a Bagdad.

—Cuarenta y cinco días —dijo Alá Addín.

—Pues tus cargas han tardado sólo diez días en venir. ¿Cómo es posible que haya llegado a tu padre la noticia, que él te haya preparado la expedición y que haya hecho en diez días un viaje que cuesta cuarenta y cinco?

—¡Señor! —replicó Alá Addín algo confundido—. ¿Pues de dónde me ha venido todo esto?

—Del Califa, Príncipe de los creyentes; debido al profundo afecto que te profesa.

Y mientras estaban en tal conversación, volvió el Califa. Levantóse Alá Addín y se prosternó en su presencia, diciéndole:

—¡Dios te guarde, oh Emir de los creyentes, y alargue tus días para que la gente no sienta la falta de tu bondad y de tu magnanimidad!

—¡Oh Alá Addín! —dijo por única contestación el Califa—. Deja a Zobeida que toque una pieza de música, como si fuera a cambio de tu salvación.

Y ella ejecutó al laúd una tocata de modo tan admirable que hubiera hecho danzar a una roca: en sus cuerdas sonó la voz de David. Así pasaron la noche. Cuando se retiraron los huéspedes, al amanecer, el Califa dijo a Alá Addín:

—Mañana ven al Consejo.

—Oír es obedecer, oh Príncipe de los creyentes. Si Dios quiere, iré, y el Señor te guarde en el bien.

Puso Alá Addín en diez tabaques regalos costosos y con ellos se dirigió al Consejo en el día señalado. Estaba el Califa sentado en su trono, cuando llegó Alá Addín a la puerta del salón y recitó estos versos:

¡Que la prosperidad y la gloria te alcancen todos los días,  
y que tus émulos muerdan el polvo de la humillación!  
¡Que tus días sean siempre blancos!  
¡Que sean negros los días de tus enemigos!

—Bienvenido seas, joh Alá Addín! —dijo el Califa.

—¡Oh Emir de los creyentes! El Profeta (¡Dios le dé salud y lo salve!) aceptó un regalo: dignate tú, joh Príncipe, aceptar este insignificante obsequio que yo te ofrezco en estos diez tabaques.

El Califa lo aceptó. Dió órdenes para que le impusieran un vestido de honor, lo nombró jefe de los comerciantes, y lo hizo sentarse en el Consejo. En esto llegó el suegro de Alá Addín, padre de Zobeida, y encontró a Alá Addín sentado en su puesto, y vestido con el traje de honor, y preguntó al Califa:

—¡Oh rey del tiempo! ¿Cómo es que este joven está sentado en mi lugar e investido con el traje de honor?

—Yo lo he nombrado —contestó el monarca— jefe de los comerciantes: los cargos se proveen por investidura, no son concedidos a perpetuidad: tú has sido destituido.

—El es de mi familia y apruebo lo que has hecho, joh Príncipe de los creyentes! ¡Dios quiera que siempre dirija nuestros asuntos el más capacitado! ¡Cuántas veces una persona humilde se vuelve grande!

El Califa firmó el decreto nombrando a Alá Addín y se lo entregó al gobernador y éste se lo dió al canciller, el cual proclamó en el Consejo: «No hay otro jefe de los comerciantes más que Alá Addín Abusamat; su palabra ha de ser obedecida y su persona respetada: él tiene derecho a honor, reverencia y exaltación». Y cuando se terminó el Consejo, bajó el gobernador con el pregonero, delante de Alá Addín gritando: «No hay otro jefe de los comerciantes sino mi señor Alá Addín Abusamat». Recorrieron de esta guisa las calles de Bagdad y el pregonero no cesaba de decir: «No hay otro jefe de los comerciantes sino mi señor Alá Addín Abusamat». A la mañana siguiente, abrió una tienda y puso en ella un esclavo para que comerciara, y él, montado a caballo, se encaminó a ocupar su sitio en el Consejo del Sultán.

Cierto día sucedió que, estando Alá Addín sentado en su lugar, según costumbre, se acercó al Califa un individuo diciendo: «¡Oh Príncipe de los creyentes! Sobreviva tu persona a la de fulano, tu contertulio, pues ha muerto en la clemencia del Señor (ensalzado sea). ¡Que tu vida se prolongue!» Y el Califa preguntó: «¿Dónde está Alá Addín Abusamat?» Presentóse inmediatamente y así que el Califa lo vio lo invistió con su investidura de honor y lo

(Continuará en el número próximo.)



# LA PANTERA NEGRA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Zurak encogióse de hombros, repitiendo:

—Simla es dócil.

Ni ruegos ni amenazas conmovieron al borracho. A cada orden, a cada injuria nuestra, contestaba testarudamente:

—Simla es dócil...

Y el desdichado se reía, se reía siempre.

Entretanto, nuestra situación se hacía en extremo crítica. La nave, batida por la tormenta, sin dirección, era empujada contra los bancos de arena, acercándose más y más, a cada instante, hacia la punta meridional de Madagascar.

—¡Zurak! —gritó el capitán, viendo que era inútil persuadir al borracho—. Te prometo cien dólares si encierras la pantera, y que no te pondré al cepo. El barco corre hacia el escollo.

El indio miró hacia el mar que estaba imponente, y por un momento se despertó en él su instinto de marinerero.

Le vimos atravesar la cubierta agarrándose a los botes, a las cuerdas y a todas partes, para dirigirse a popa.

Con un golpe de timón orientó el barco hacia el Sur, ató la barra y bajó hacia la escotilla.

De momento el barco estaba en salvo, pero no podíamos bajar y las olas y el viento seguían siendo violentísimos.

El peligro no había pasado todavía.

Viendo al indio asomarse a la escotilla, nos dimos cuenta del nuevo peligro. Aquel loco se había metido la idea en la cabeza de que la pantera tomase el fresco y quería hacerla subir encima de cubierta.

El capitán cortó una garrucha con la navaja y la lanzó contra el borracho con la esperanza de echarlo al

suelo, pero a causa de la distancia y del movimiento, le falló el golpe.

Zurak había empezado a gritar:

—¡Simla! ¡Simla! ¡Ven aquí!

De pronto vimos la fiera lanzarse fuera de la escotilla, pasando por encima de la cabeza del indio para caer junto al palo mayor.

Un grito de terror salió de todos los tripulantes.

La fiera quedóse por un momento inmóvil, mirando en torno, atontada quizá de no encontrar presa alguna

y asombrada sin duda de los golpes de mar que rompían contra las bordas del barco y su cubierta con estruendo. Después se puso a mirar hacia los palos, observándolos atentamente. Sabiendo que las panteras son muy hábiles para trepar, nos invadió un miedo atroz y gritamos nuevamente al indio para que acabase de una vez ya que no teníamos gana alguna de dejarnos devorar.

El borracho parecía haberse vuelto sordo. ¡Miraba con complacencia a la pantera, contento de verla en libertad! Pero cuando la vio acercarse a la escala de cuerdas del palo mayor, en la

que se habían refugiado seis o siete marineros, mirando hacia lo alto, como buscando un punto de apoyo para dar el salto, se levantó de repente y avanzó hacia ella.

¿Había comprendido por fin que la pantera no estaba lo suficientemente domesticada para renunciar a sus instintos sanguinarios y que había llegado el momento de llevarla de nuevo a la seguridad de la jaula?

Lo suponíamos.

El hecho era que el indio se preparaba a impedir a la fiera que intentase el salto, que si lo lograba dar podía tener terribles consecuencias para los desgraciados que se encontraban en la cofa del palo.







—¡Simla! —gritó—. ¡Pronto, a la bodega!

La pantera, al oír su voz, se volvió para mirarle fijamente con ojos que no tenían nada de dulces. Por el contrario, vimos como se erguía su pelo negro, señal segura de un inmenso estallido de rabia.

El indio, con una audacia que nos espantó, seguía avanzando y amenazaba a la fiera con el puño, mientras le gritaba:

—¡Simla, obedécelme!

La pantera dió unos pasos hacia atrás, rugiendo, y en seguida se encogió como si se preparase a saltar encima del indio.

—¡Zurak! —gritamos—. ¡Cuidado! La pantera va a echarse encima de ti.

El desdichado, convencido de que su dócil amiga no se atrevía a atacarle, seguía avanzando alzado el puño. Encontrábase ya a dos pasos de la pantera, cuando ésta saltó violentamente, precipitándose sobre Zurak, que no pudo resistir el choque.

Dimos un grito al que siguió un rugido espantoso. La fiera había plantado sus garras en la garganta del pobre indio y destrozaba horriblemente aquel pobre cuerpo, sorbiendo ávidamente la sangre que brotaba. Cuando

vió que el indio ya no se movía, la terrible fiera, cual si estuviese arrepentida de aquel asesinato, huyó hacia popa, acurrucándose junto a la barra del timón.

Todos nosotros estábamos inmovilizados por el terror. Por otra parte, nada hubiésemos podido intentar para impedir que la fiera desgarrase el cuerpo de su guardián. ¿Para qué habrían servido los cuchillos de maniobra que por lo regular no tienen más de treinta centímetros de largo y que, además, suelen ser siempre sin punta? Por lo demás, la muerte del indio no había mejorado en nada nuestra situación. Parecía que la fiera no tuviese el menor propósito de abandonar la cubierta, y entretanto el barco estaba sujeto a los choques de las olas cada vez más violentos, y el mar, en vez de calmarse, se ponía cada momento más furioso. Probamos a

arrojarle alguna garrucha para asustarla y obligarle a meterse de nuevo en la bodega, pero el astuto animal escapaba fácilmente de nuestros proyectiles, saltando de un lado a otro.

Nuestra situación se hacía gravísima y embarazosa. No podíamos permanecer eternamente subidos en los palos y empezábamos a estar cansadísimos de aquellas continuas emociones. Además, el barco tenía necesidad de ser gobernado para hacer frente al huracán que no tenía trazas de disminuir.

Las olas rompían sobre cubierta, inundándola. El cadáver de Zurak era sacudido continuamente, llevado

de una parte a otra y parecía que al momento menos pensado sería arrastrado al mar.

La pantera, viendo entrar tanta agua, parecía atemorizada. Huía de un lado a otro de la popa, con el pelo erizado y la cola erguida.

De pronto, una ola más gigantesca que las otras, rompió sobre cubierta, inundándola con violencia inaudita, barriendo todo lo que encontraba a su paso.

Cuando se retiró aquel torrente de agua, un grito salió de todos nosotros:

—¡La pantera ha sido arrastrada al mar!

Era verdad. La fiera y el cadáver de Zurak habían

sido arrastrados fuera de la nave por aquella ola colosal.

Volvimos los ojos hacia atrás y vimos cómo la fiera luchaba furiosamente sobre la cresta de una ola, y cómo desaparecía después.

¡Habíase hundido!

Bajamos más que de prisa, corriendo unos al timón y los otros a las maniobras, pues el momento era crítico.

Media hora más tarde, el barco que se había vuelto hacia el Norte, hubiese ido a encallar en los bancos de Madagascar.

Con rápida maniobra pusimos el barco en buen rumbo y proseguimos la ruta hacia Africa.

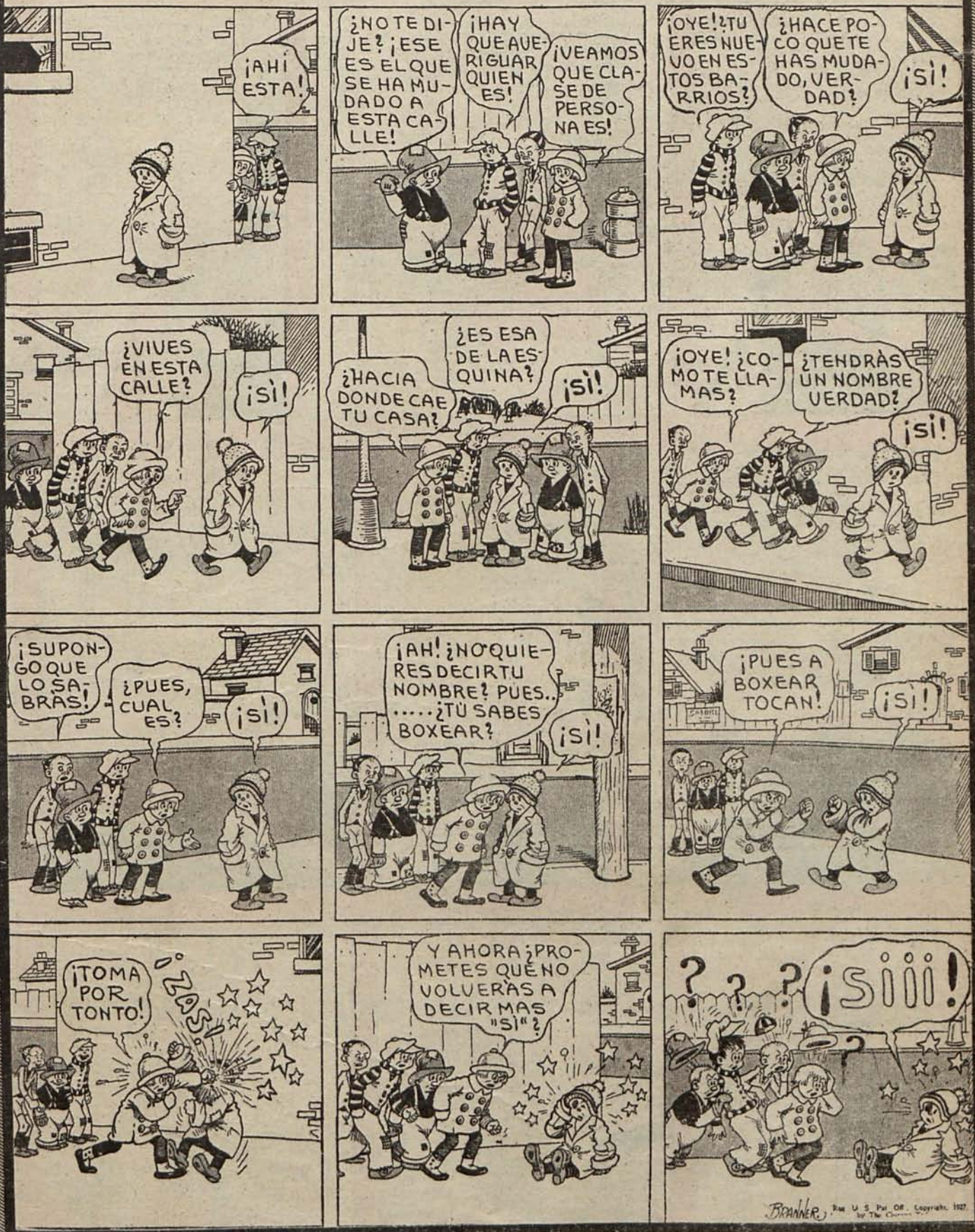
Cinco días después echamos anclas en la espléndida y espaciosa bahía de la ciudad del Cabo.

FIN





# COLORÍN Y SU RANDILLA



**A LOS PINOCHISTAS AMERICANOS**

**L**A EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. (Catálogos gratis). Aun tratándose de pedidos muy pequeños, es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





DOÑA FILOMENITA  
ARISTÓCRATA  
PATRONA DE CA-  
SA DE HUESPEDES

¿PERO  
QUÉ ES  
ESTO?

# POTIPÁN Y CAÑAMÓN

HE VISTO  
QUE HA PUES-  
TO USTED PA-  
PELES EN EL  
PISO DE ARRIBA  
¿QUIEN SE VA?

EL QUE SE VA  
ES USTED, EN  
ADELANTE NO  
ALQUILARE  
MIS CUARTOS  
MAS QUE A GEN-  
TE ARISTÓCRATA.

¿DOÑA FI-  
LOMENITA  
NOS HA PUES-  
TO DE PATITAS  
EN LA CALLE!  
YA SE QUE  
HATOMA-  
DO USTED  
MI PISO.

¡CARAY, CUANTO LO  
SIENTO! ¡VAVERE  
SI DOÑA FILOMENI-  
TA LE ALQUILA UN  
CUARTITO BARA-  
TO!

¿CUANTAS VECES  
SE CREE ESE QUE  
LE VOY A DECIR  
QUE SE LLEVE  
SUSTRASTOS?

¡POBRE PO-  
TIPÁN, SE VE  
QUE NO TIENE  
NI UNA  
GORDA!

¡CAÑAMÓN!  
¿DONDE  
NOS ME-  
TEREMOS?

¡PAFE!

¡CARAMBA, DON  
SEVERO! ¿LE HA  
CAÍDO LA MALE-  
TA EN-  
CIMA?

¿QUIEN ME  
HABLA? SE  
ME HAN ROTO  
LAS GAFAS Y  
NO VEO NI  
GOTA.

¿ESTÁ USTED  
MUCHO MAS JO-  
VEN SIN GAFAS  
DON SEVERO!

¡Y USTED  
TAMBIEN  
DOÑA FILO-  
MENITA!

¡ESE CHI-  
CHÓN NO  
ESTÁ BIEN,  
HAY QUE  
PONERLE  
ALGO EN  
LA CABA-  
ZA!

¡PERMÍTAME QUE  
ANTES LE DIGA  
CUATRO COSAS  
DE ESE POTIPÁN.

¿ES UNA CALA-  
BAZA QUE NO  
SIRVE PARA  
NADA! ¡HA HE-  
CHO USTED MUY  
BIEN EN ECHAR-  
LOS DE CASA.

¿VERDAD  
QUE SÍ?

¿LE DUELE  
EL CHICHÓN?

¡AY!

¡BUENO! ¿QUE  
QUIERE USTED  
QUE LE PONGA  
EN LA CABA-  
ZA?

¡EL SOMBRERO  
SEÑORA, Y CUAN-  
TO ANTES MEJOR!

¡ME PARE-  
CE POTIPÁN,  
QUE VAMOS  
A DISPONER  
DE NUESTRO  
PISO!

OR: Copyright, 1924.

# NIÑOS

OS INTERESA GUARDAR LAS CAJAS DE CE-  
RILLAS DE QUINCE CÉNTIMOS VACIAS, PUES  
EN CANJE DE ELLAS OS DARÁN BILLE-  
TES GRATIS CON BUENOS PREMIOS. PEDID  
PROSPECTO DETALLADO EN CUALQUIER ESTANCO.

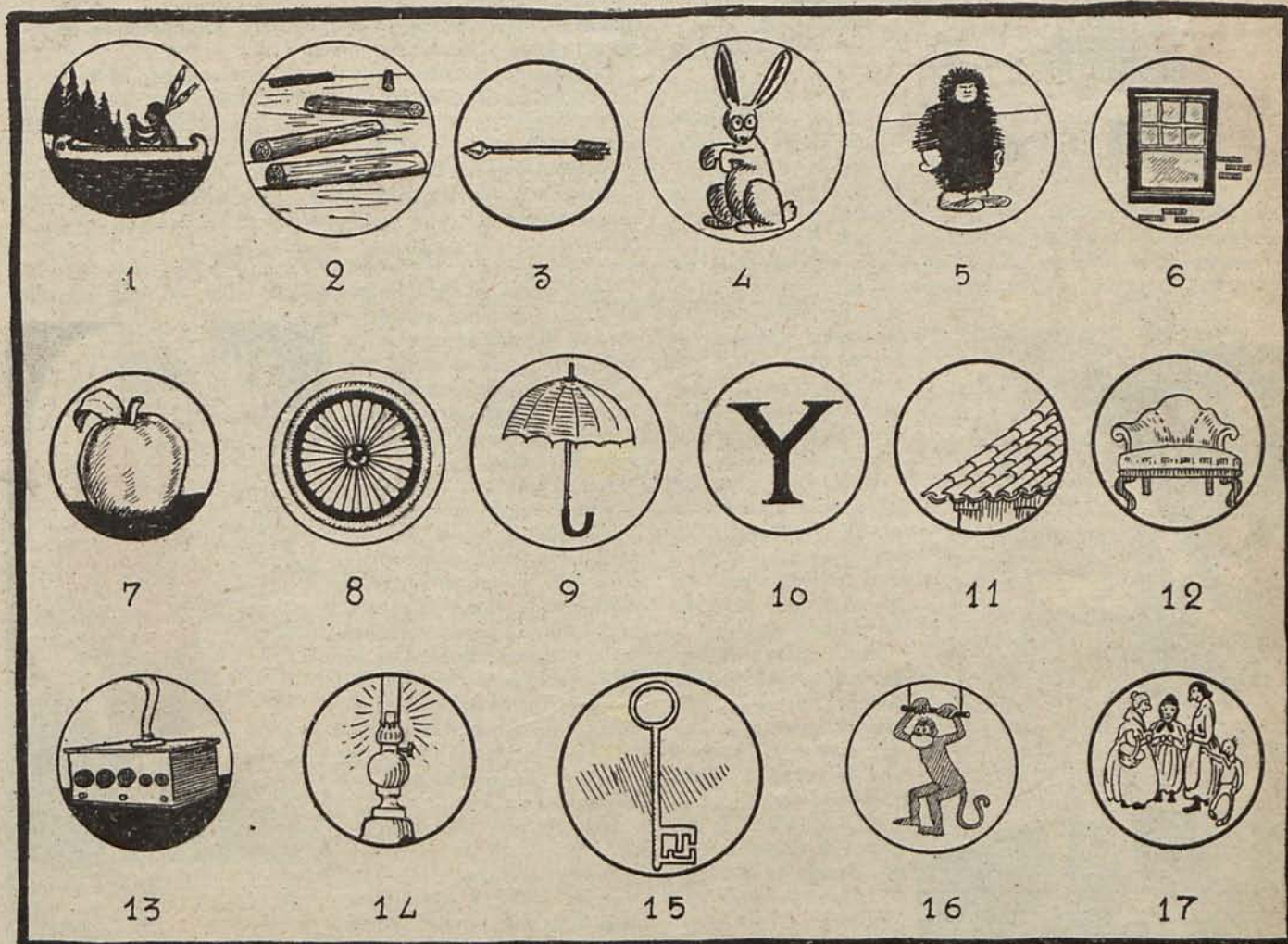


# CONCURSO DE PASATIEMPOS

## DEL MES DE ABRIL DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

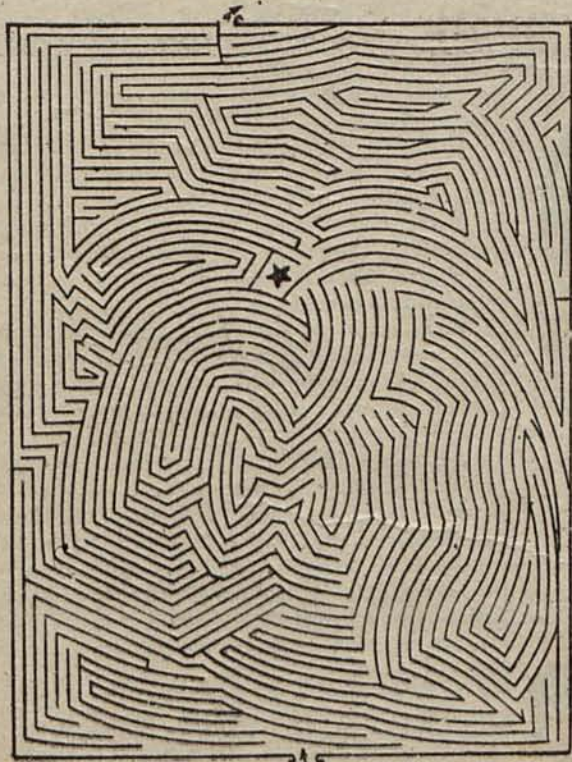
### REFRÁN



Como os decía en el número anterior de esta Revista, debajo del laberinto, este trabajo que titulo REFRÁN se me ha ocurrido a mí solo, pero como no me gusta darme postín con lo que yo no he hecho, tengo que confesar que todos los redondeles no los he dibujado yo, pues algunos me los ha hecho Pirula. ¡Que conste! Para construir este refrán hay que tomar de cada redondel una sílaba, fracción de sílaba o simplemente una letra. También se puede tomar de un redondel una sílaba completa y una letra más. Este refrán lo conocéis todos mucho, pues... bueno, no digo más, pues estoy viendo que os lo voy a decir todo. Un abrazo de vuestro mejor amigo.

*Colom*

### LABERINTO



Este laberinto tiene la particularidad de tener dos entradas, pero sólo por una de ellas se puede llegar a la estrella. ¿Por cuál?

### EL MONO ORADOR



Dos horas llevaba hablando don Mariano Monín para convencer a los habitantes de la selva de lo necesario que es en la vida lavarse la cara y a poder ser con agua fría, pues despierta los sentidos. Dos horas llevaba hablando, como digo, y cuando se dió cuenta estaba solo. ¡A quién se le ocurre ir a una selva a pronunciar discursos sobre higiene! El último en marcharse fué un pelicano. Si observáis bien el dibujo lo hallaréis antes de que se vaya.



# SECCIÓN PIRULA



## PIRULA, MODISTA

*Los trajes de marinera.*— Cuando mi mamá era todavía mi mamá...

No os sorprenda esto; claro que vosotras las niñas tenéis la suerte de que vuestras mamás lo siguen siendo toda la vida.

Nosotras las muñecas no estamos, ¡ay!, en este caso tan agradable; nuestras madres, al llegar a mayores, dejan de considerarnos como hijas suyas; y tienen entonces otras hijas, que son las niñas..., vosotras, mis queridas lectoritas y actuales mamás de muñecas.

Pues bien; cuando mi mamá era mi mamá, no le gustaban nada los trajes de marinera; que entonces eran casi los únicos que llevaban las niñas elegantes.

A mi mamá le hubiera encantado llevar siempre trajes de fantasía y sombreros con adornos; ¡oh!, los adornos la entusiasmaban; su sueño era ir por la calle con la cabeza cubierta de flores de trapo, de cintas y hasta de plumas como las señoras.

Mi abuela, que era una señora sensata y de buen gusto, como lo son todas las mamás (entiéndase bien: todas las mamás de niñas; las mamás de muñecas suelen serlo bastante menos), no le hacía caso; salvo en los contados casos en que acudía a alguna fiesta infantil (las niñas de entonces no se divertían tanto como las de hoy), mi mamá iba siempre de marinera; su traje se componía fatalmente de una faldita o un blusón o una chaqueta; era de sarga o de *cheviot* azul marino en invierno y blanco en verano. Lo más terrible para ella eran los sombreros; en verano, una *campana* de paja amarillenta; en invierno, los días de buen tiempo, una *campana* de fieltro azul, y los días de lluvia, una boina plana; y cualquiera de estos tres tocados ostentaba siempre idéntico adorno: una cinta que rezaba en letras doradas una breve inscripción: *El Invencible* o *El Sagunto*, por ejemplo.

¡Más rabietas tiene sufridas mi pobre pequeña mamá con la monotonía de aquellos trajes y sombreros de marinera!

Las hijas que tiene hoy mi antigua mamá (¿verdad que debía yo poder decir mis hermanas? Pues no es así) visten de bien distinta manera. Tienen trajecitos de color pálido o fuerte y de telas airoas, como la vuela, el tafetán o el crespón de China. Si sus sombreros son sencillos, sin adornos, es porque así son también los de las señoras de ahora.

Y aun cuando alguna vez lleven un traje de marinera, éste tiene cierta fantasía de forma o de color; no es que aquéllos fuesen menos bonitos y distinguidos, no; pero, vamos, éstos son más graciosos, ¿no os parece?

Ved, por ejemplo, los modelos que aparecen en esta página.

El primero, siendo impecable, es originalísimo. La chaqueta se hace de pana roja, un rojo obscuro, rojo etrusco, y se borda y se ribetea con trencilla de seda del mismo color, y la falda pertenece a un vestidito rojo también, que puede hacerse de alpaca; es una tela

que está muy de moda y que tiene la ventaja de durar mucho sin arrugarse ni deslucirse nunca.

El segundo vestido es menos *de marinera* que el anterior. Puede hacerse de sarga blanca, adornado con trencilla de lana azul marino o encarnada; igual trencilla ribetea la faldita tableada.

El cinturón será de ante o de charol, del mismo tono que la trencilla y que las tres estrellas (que son lo más *marítimo* que tiene el traje) que van bordadas en el descote.

## PIRULA, COCINERA

*Una receta de abril: judías verdes.*—No, no, mis queridos amiguitos; siempre no puede ser eso de indicar recetas de repostería; que si dicen que «No sólo de pan vive el hombre», yo tengo otro refrán, que es «No sólo de dulces viven los niños».

No os diré que las golosinas son perniciosas para la salud, que estropean el estómago, que dan lombrices; no os lo diré, aunque sea verdad, porque, como ya sabéis, la golosina es también mi pecado, y de este defectillo no están exentas ni las más lindas y perfectas princesitas de cuento, puesto que la encantadora Rosa-Luz (1), por ejemplo, se moría por los bombones de fresa.

Pero lo que sí os recordaré es que para poder comer golosinas hay que estar muy bien de salud, y para estar bien hay que comer cosas sanas, entre las cuales las principales son las verduras. ¿Qué es eso de hacer un mohín desdenoso porque he nombrado las verduras? ¿Ignoráis, ingratas amiguitas mías, que a las verduras les debemos, más que la salud, la belleza?

Si, el comer muchas espinacas, lechugas cocidas, guisantes, judías verdes, cardo, etc., etc., nos proporciona una piel fresca y tersa.

Las frutas también producen estos resultados admirables; pero de las frutas ya nos ocuparemos dentro de algún tiempo, cuando esté más próximo el verano.

Ahora estamos en tiempo de verduras; aprovechemos.

¡Pronto! ¡Que nos sirvan un buen plato de judías verdes, que queremos ponernos muy fuertes y muy bonitas!

Estas judías verdes, que hasta ahora tengo entendido que no os entusiasmaban, os parecerán sabrosísimas en cuanto se hagan siguiendo mi receta.

Ante todo, se les quitan cuidadosamente todos los hilos y se lavan; luego, para conservarles el color verde, se echan en agua hirviendo, echando sal al mismo tiempo (esto es muy importante).

Cuando están cocidas se sacan y se dejan en un colador a escurrir.

Se echa en una cacerola mantequilla fresca, un poco de harina, sal, nuez moscada y un vaso de leche, y se rehogan las judías un momento; antes de servir las a la mesa, pero después de alejar la cacerola de la lumbre, se echa una yema de huevo batida con un poco de perejil picado.

\*\*\*

Hechas así, mis judías verdes os van a gustar tanto o más que un pastel de chocolate; ¡palabra de muñeca!

(1) Véase Pinocho inventor.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ABRIL

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



—¡Firme!  
—¡Ya estoy, señor cabo!  
—¡Con la pluma, animal!  
—Bueno.



Mi hermano.  
LUISA BLANQUE.  
Diez años.

### CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA

CORRESPONDIENTE AL NÚM. 112

Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



Un gato.  
M.ª TERESA GÓMEZ.  
Seis años.



El sereno de mi calle.  
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Un Fiat.  
VICTOR JOSÉ GIL. Doce años.



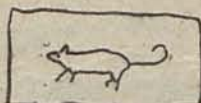
Morronguis sueña con los reyes.  
ARACELI CASAJÚS.



Pinocho.  
CÉSAR F. LUENGO.



Bote de vela.  
CARLOS SOTO.



El ratón Pérez.  
J. I. B.

### Al gran Pinocho.

Nada más que verte,  
En ti se nota un aire de distinción  
Que hace de cuantos te conocen la admiración,  
Y por eso no dejan de quererte,  
Ni tampoco de alabarte,  
Y has de saber te  
Que por los niños tu semanario  
Con gran afán es esperado,  
Y el domingo se levantan a las ocho  
Para oír misa y comprar PINOCHO.

Y, de parte de mi hermana,  
Le dices a Pirula  
Que ya las labores corta e hilvana  
Y que pronto bordará en bastidores  
De todos los tamaños, clases y colores,  
Pues hasta ahora sólo lo hacía  
En uno que a mi me parecía,  
Por ser pequeño y redondete,  
De juguete.

A Pirula, Currinche y don Turulato,  
Que pasen bien el rato  
En la próxima sección,  
Y que el rey negro no les traiga carbón;  
Hasta otra, Pinocho querido;  
Ya sabes que nunca te olvido,  
Pues en invierno igual que en verano,  
Seguirás siendo siempre de mi agrado,  
Y de ti se despiden tu amiguito,  
Que te da permiso para publicar este versito,

VICTOR FERNÁNDEZ.



El puente de mi pueblo.  
R. S. C. Nueve años.



—Mamá, ¿en qué se parece un jardín a los pies?  
—En que los dos tienen plantas.  
EMILIA MARTZ.



El Pata de Pato.  
J. I. BARRAQUER.



Costa.  
JOSÉ M. KOWALSKI



Un truhán siglo xv.  
R. P. DE GRACIA. 9 a.

### La mentira.

En un pueblecito de Asturias vivía una viuda, la cual tenía dos hijas, Rosita y Carmen. Las dos eran muy guapas, pero Rosa tenía la fea costumbre de mentir.

Cierta día se presentó en su casa un tío suyo que venía de fuera. Las dos niñas ayudaban a su madre a preparar cuanto su tío necesitaba. Pocos días después se dispuso la marcha, y el tío se despidió de su hermana y sobrinitas tristemente.

Al partir dió a cada niña un par de pesetillas. Llegó el domingo: Rosita se atavió lo mejor posible y salió con sus amiguitas a gastarse cada una lo que en semana reunían, sin importarle nada a Rosa que su mamá estuviera enferma.

Maria, por lo contrario, se quedó cuidando a su madre y poniendo sus pesetas para comprar pan y algo para cenar aquella noche.

Llegó Rosa, ya bien entrada la tarde, y lo primero que hizo fué dar un beso a su madre, y se dispuso a meterse en la cama, pero se sentía algo enferma.

Aquella noche la buena madre la pasó algo mejor, y por la mañana se levantó. Cuando preguntó a Maria por su dinero, ésta dijo lo que con él había hecho; pero en cambio Rosa dijo que se lo había quitado un chico.

Aquel mismo día se supo la verdad, pues a Rosita le dió un fuerte cólico con tanto pastel, con lo cual se corrigió.

MARIA CRUZ LABAIEKU.

### El príncipe encantado.

No ha todavía mucho tiempo habitaba en un pueblecito una familia algo pobre, que gozaba fama de honrada. El era carpintero y ella lavaba a una familia rica. Tenían una niña de muy buen corazón y extraordinaria belleza. Todos los días tenía que ir al pueblo cercano para llevarle la comida a su padre, que trabajaba allí.

Un día que pasaba por la carretera vio que unos chicos estaban maltratando a un pájaro, y ella, llevada por sus buenos sentimientos, los reprendió, pero no le hicieron caso. Ya le habían roto una pata.

Cogió la niña el pájaro y echó a correr, seguida por los muchachos. Se paró a encañarle; y cuando los muchachos la iban a alcanzar, el pájaro se transformó en un apuesto príncipe, que dijo estar encantado por un brujo.

El príncipe hizo huir a sus malhechores y llevó a la niña y a sus padres a su reino. Allí celebraron sus bodas, reinando felices muchos años.

Y colorín colorado,  
este cuento ha terminado.

FERNANDO FERNÁNDEZ.

Catorce años. Bemibre (León).



El auto de papá.  
C. V.  
Nueve años.

### Chistes.

¿Qué días de fiesta son los mejores?  
Los domingos, porque viene PINOCHO a las once.

Una nena de dos años tiene un gato que le llaman Polígono y que le araña.  
—¿Te arañó Polígono?  
—Poligo-sí.

AMPARITO.

### Parecido.

¿En qué se parece un reloj a una señorita?  
En que anda.

LUISA GIL.

### Chista.

A ver si hay un pinochista que haya visto una guitarra tocar sola.  
Contestación:  
Pues se pone la guitarra en el suelo y se pone el pie encima, y toca sola, porque toca la sola del zapato.

JOSÉ MARCA.

¿En qué se parece una cama a un pescadero?  
En que es cama.

ADOLFO ALVAREZ.

### Colmo.

El de un electricista  
Hacer sonar un timbre de póliza.  
FERNANDO BAQUÉ.

¿Cuál es el colmo de un jardinero?  
Pues quedarse plantado.  
ANITA CASARIEGO.

### Entre baturros.

—¿Qué hora tenemos?  
—La una.  
—¿Estás seguro?  
—¡Toma! Como que la he oído dar dos veces.

ROSITA SARMIENTO

### Chistes.

¿Cuál es el colmo de un borracho?  
Beber en la copa de un árbol.

¿Cómo llamará el congrio a sus hijos?  
Con-gritos.

En un examen.  
El catedrático.—¿Qué es golfo?  
El discípulo.—¡...!  
El catedrático.—¿No sabe esa pregunta?  
El discípulo.—Sí, señor; lo que no sé es la respuesta.

LORENZO MENÉNDEZ.



Un buen par.  
MANUEL M. CHABOY.  
Once años.



La amiga de Tony.  
Siete años.  
PACO BLANQUE.



La casa de Pinocho.  
EUSTAQUIO URETA.





# CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en una carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**José Alemany López.**—Recibidos tus dibujos, que son admirables. Las dos caricaturas son acertadísimas y he de felicitarte por ello, pero... no puedo publicar ningún dibujo que sea una alusión personal. Es norma que el Gran Consejo Pinochista marcó desde el primer número de mi Revista. Tá, que dibujas tan formidablemente, debes enviarme en seguida otros trabajos para suplir a éstos. Te envío cordialísimos abrazos.

**Lolita Rodríguez Bauza.**—Una pinochista tan inteligentísima como tú tiene que comprender fácilmente que no se hace nada, absolutamnte nada, en mi Revista que no tenga una fundada razón. Ocurre, a veces, que el espacio disponible para «Colaboración Infantil» no deja margen para publicar al pie de los dibujos chistes excesivamente largos. Otras veces no puede darse cabida a historietas que tienen un fin de cuadritos. A veces vienen los dibujos con textos ilegibles, etc., etc. Alguna de estas cosas ha debido ocurrirle a tu lindo dibujo. No te quepa duda alguna, simpática Lolita. Ya sabes que yo sólo deseo dar satisfacciones y alegrías a mis queridos pinochistas y que mi anhelo sería no dar ni el más mínimo motivo de descontento a tantos, tan buenos y tan inteligentes amigos como tengo. Tuyo incondicional.

**Caridad Gallardo.**—La casita que me envías es cosa linda. Todo en ella es gusto exquisito, arte, belleza. Pero sobre todo, destaca la maravillosa arquitectura de su puerta y de su balcón. Hasta ahora, sólo la Torre inclinada de Pisa había llamado la atención por la rareza de su línea torcida. Parece que se va a caer, y los siglos demuestran lo contrario. A tu precioso dibujo le pasa lo mismo. Parece que todo va a venirse abajo y no es así. ¡Qué maravillas encierra la Arquitectura! Te felicito y te abrazo muy efusivamente.

**Carlos Rico.**—Muy bien, muy bien por el soberbio castillo que me dedicas. Con una fortaleza así no hay que temer a una legión de Chapetes. Te envío muchos y apretadísimos abrazos.

**Fernando Abert.**—El cuento de la Princesita Mari Luz es un cuento delicioso. Mereces por él mi más caurosa felicitación, que yo te envío con muchísimo gusto. Sigue escribiendo cuentos porque lo haces estupendamente bien. Anita, Pirula, Colorín y Cañamón lo han leído con gran entusiasmo y

han estado un largo rato dedicándote calurosos aplausos. Recuerdos y abrazos de todos.

**Ricardo Zarzuelo.**—Don Turulato, Potipán y Morronguís han querido abrir el arca de las siete llaves, que es donde yo guardo los dibujos de mis amigos pinochistas. Esto te demostrará lo fielmente que los has retratado. Gracias a que este arca de las siete llaves no puede abrirla nadie más que yo, que si no, se hubiese llevado cada uno su retrato para colocarlo en un marco sobre el sillón de sus respectivos despachos. Irán a su tiempo en mi Revista, querido Ricardito. Muchísimos abrazos.

**Antonio Chorro Martínez.**—Preciosísimo el cuento que me envías. En cuanto llegue su turno lo verás en las columnas de mi Revista. Mis abrazos.

**Flora Graciano.**—No puede ser. A lápiz no puede ser. Sin cupón, tampoco puede ser, aunque estén hechos con tinta. En cambio, siendo suscritora, haciendo los trabajos con tinta y viniendo cada uno con su correspondiente cupón, sí puede ser. ¿Ves, queridísima Flora, como todo tiene remedio? Te envío muchos y carifiosísimos abrazos de Pirula, Laura y Anita.

**Maruja Delgado.**—La linda rosa de los vientos que me envías va a quedarse sin poder aparecer en las columnas de mi revista por culpa exclusivamente tuya. ¿No sabes, simpática Maruja, que los dibujos hay que hacerlos a tinta, porque si no, no pueden reproducirse? ¡Qué lástima, con lo preciosa que es tu rosa de los vientos! Muchos abrazos de todos.

**Arturo Mendivilla.**—Tu historietta no cabe en todo el «Pinocho». En cambio, todo el «Pinocho» cabe en un cuadrillo de tu historietta. ¿Qué hacemos? Es una historietta enorme. Enormaza. Es preciso que la reduzcas mucho, mucho. Te envío enormísimos abrazos.

*Pinocho*

## VIDA PINOCHISTA

### PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS CONCURSOS



José Antonio Egulleta



Fernando Miguel del Corral



Lolita Baldasano



Alicia Martínez Valderrama



Víctor José Gil



Pinocho sortea cada mes sesenta pesetas en dinero y libros entre todos sus suscritores. En el número primero de cada mes se publica el nombre de los favorecidos





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?  
—Hoy no sé ni lo que quiero saber. Vengo asustadísimo.  
—¿Qué te pasa?  
—¿Que qué me pasa? Casi nada. Figúrate, mi querido buho, que al pasar frente a un portal que hay en la esquina de mi calle he oído un ruido extraño, he vuelto la cabeza y ¿qué dirás que he visto?  
—¡Vete a saber!  
—¡Pues nada menos que un duende!  
—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Un duende!  
—¿Pero tienes valor de reírte?  
—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Que me troncho!  
—Me estás poniendo nerviosísimo con esa risa.  
—Es que la cosa tiene muchísima gracia, Chononcito ¿Tú no sabes que los duendes no existen?  
—A mí no me digas eso porque acabo de verlo con estos ojos.  
—¡Ja, ja! ¿Qué señas tenía?  
—No lo sé, porque iba envuelto en una sábana y daba unos saltos muy grandes. Parecía un encapuchado blanco y en la punta del cucurucho llevaba un farol encendido. Te digo que lo he visto yo. ¡Es horrible, querido buho! Yo no vuelvo a pasar por esa esquina.  
—¿Y si te acompaña yo?  
—Ni aunque me acompañe un escuadrón de Caballería.  
—Eres tonto Chonón. Te digo que los duendes no existen.  
—Y yo te repito que lo he visto con mis propios ojos.  
—Lo que tú has visto es un fantasma.  
—Lo mismo me da.  
—¿Pero no sabes lo que es un fantasma?  
—No.  
—Pues en cuanto lo sepas te vas a reír como me río yo. Con una escoba, una sábana y un farol, cualquiera es un fantasma.  
—Ni me río, ni te creo. Aunque tú digas otra cosa, yo he oído decir a muchas personas que tienen mucho miedo a los duendes. ¡Por algo será!  
—Ya te he dicho antes que duende y fantasma no son una misma cosa. El duende no existe y el fantasma sí.  
—¿Por qué dices que los duendes no existen?  
—Porque no pueden existir. El duende es la personificación material del espíritu, y solamente éste es un absurdo. Espíritu significa lo mismo que alma, y tú mismo comprenderás que es un disparate pensar que las almas puedan materializarse. El espíritu es una cosa inmaterial que no puede verse ni tocarse, ni tener forma.  
—¿Pues cómo es que se habla de duendes y de aparecidos?  
—Lo que ocurre, querido Chonón, es que algunas veces la ima-



ginación hace ver cosas que no existen. Si se está bajo el peso de una preocupación o si se agolpan en el cerebro ideas raras o extravagantes, se crea en el individuo un estado de anormalidad nerviosa que le hace víctima de los más extraños pensamientos. La imaginación se extravía, como ocurre en los ensueños y transporta al individuo a la región de la fantasía. Pero en la realidad no hay tales duendes ni tales aparecidos.

—¿Entonces todo eso es un ensueño?

—Completamente un ensueño. Ya sabes que cuando estamos obsesionados con una idea acabamos por soñar con ella, y mientras soñamos creemos ciertamente que las cosas ocurren como las soñamos. Pues lo mismo sucede a veces estando despiertos. Si nos obsesionamos en creer que oímos un ruido acabamos por oír el ruido, aunque éste no exista.

—Entonces, si me obsesiono en creer que se me va a aparecer un duende, ¿acabará apareciéndose?

—Acabarás por dejarte dominar por el miedo y llegarás a creer que el duende ha aparecido; pero todo será un fenómeno mental. Pero tú, que estás dotado de razón y de sentido común, serías un simple muy grande si te entretuvieses en pensar en semejantes tonterías.

—Quedamos entonces en que los duendes no existen.

—En eso quedamos.

—¿Y qué debo hacer si se me aparece otra

vez ese fantasma que he visto hoy?

—Echate a reír.

—¿Y si corre detrás de mí para cogerme?

—Si vas armado de un buen garrote, el que correrá será él. No te quepa duda.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. No hay hombre, por muy fantasma que sea, que no le tenga miedo a un garrotazo.

—Por si acaso, no me atrevo a pasar otra vez por donde antes estaba el fantasma.

—Ya te acompañaré yo.

—¿Y si sale?

—No saldrá.

—No sé por qué no va a salir. No creo que a ti te tenga más miedo que a mí.

—Te aseguro que no saldrá.

—¿Por qué?

—Pues porque el fantasma era yo. Ahí, en ese cuarto, verás todavía la sábana, la escoba y el farolito. ¡Ja, ja, ja!

—¡Estoy por pegarte, buho! ¡No te perdono el susto que me has dado!

## PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE SETIEMBRE NÚMEROS 81, 82, 83 Y 84

### PREMIOS

#### Historietas.

Primer premio.—L. Blanco, Madrid.

Segundo premio.—Julio Rizo, Valladolid.

#### Cuentos.

Primer premio.—María Luz Martínez.

Segundo premio.—Antonio Figueras, Huelva.

#### Dibujos.

Primer premio.—F. M.<sup>a</sup> de Iturraray, Madrid.

Segundo premio.—Mercedes Rey, Habana.

### ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

#### Cuentos.

Víctor Fernández, Soto del Barco; Joaquín Paños, Managua; Emilia Dávila, Sevilla; Ricardo Moreno, Antequera; Leoncio Marquez Santos, Tomelloso.

#### Dibujos.

Luis Rodríguez, Madrid; Alicia Martínez, Madrid; J. R. Otaola; Aurorita Carrasco, Barcelona; Carmen del Busto, Madrid; Elena Laserna, Bogotá; María Nieto, Madrid; Ignacio Ortiz, Bilbao; Francisco Fontanals, Bilbao; Manuel E. Gómez, Cartagena (Colombia); Anita Caballero; José R. Arce, Toledo; José Luis Ambrojo; Toni; Manuel Nieto, Madrid; Alfredo Bosquel; Teresita Fernández Cos, Jaén; Ramón S. Emeterio, Arrazola; Angeles Méndez, Pontevedra; Jesús Sáenz; Elisa Medrano; Y. González, Guantánamo; Antonio Gobernado, Madrid; Demetrio E. Valdés, Panamá; Carlos Campos, Cartagena; Asunción Aragón; María Pilar Benito, Madrid; Diego Muñoz; Dolores López Pallarés, Carlos Y., Buenos Aires; Píluca García de Valenzuela; Gregorio Medrano, Guadalajara; A. Cobián, Madrid; Conchita Oria; María Quiroga; Gloria Gómez, Valladolid;

### Historietas.

José Serrano Cubillo, Sevilla; Luis Sáenz, León.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja.

El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscritores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido acreditando asimismo ser suscritores, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

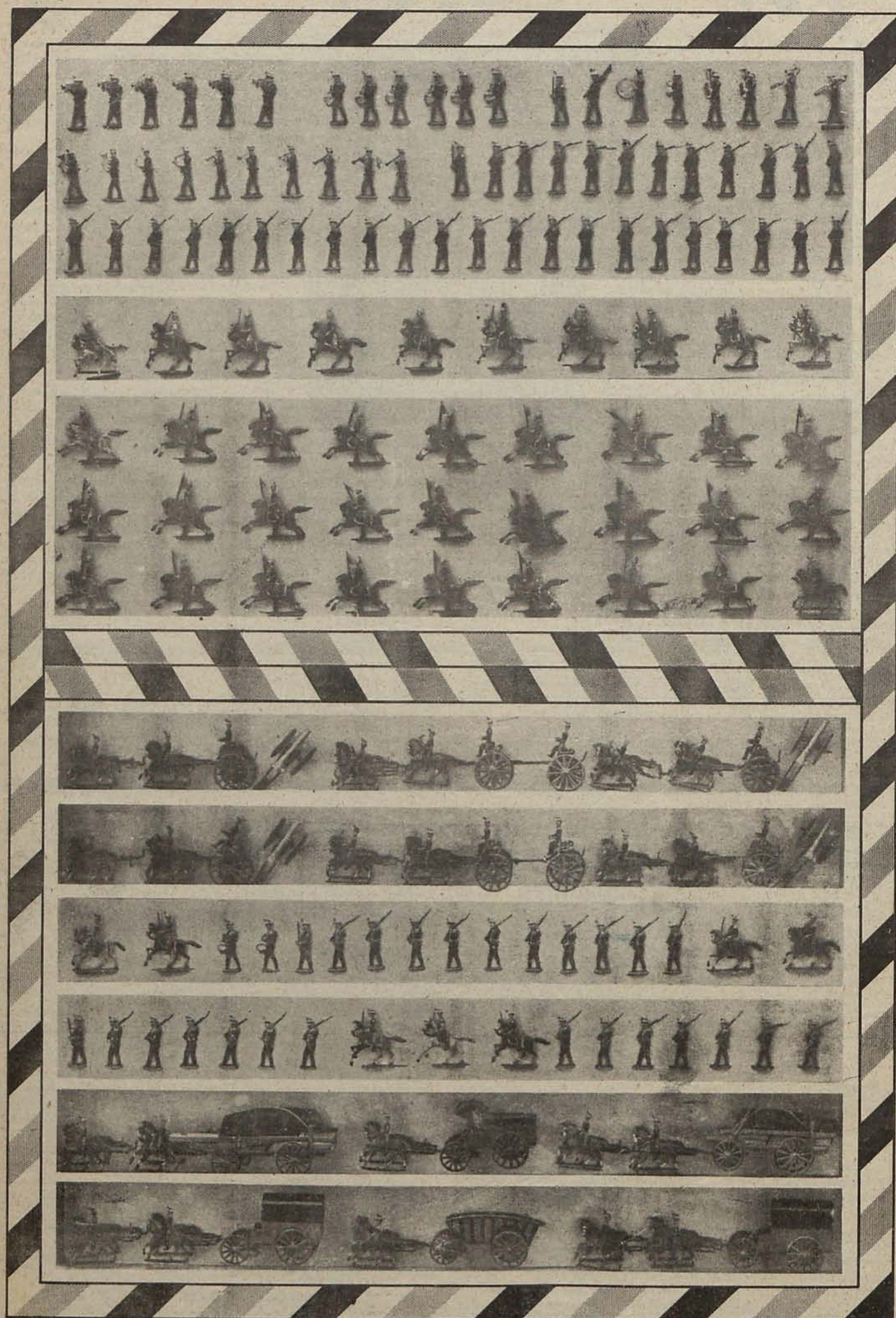
### REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prueba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concurso, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga suya un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortel, colosal y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.



# DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS

PARA LOS SUSCRITORES DE "PINOCHO"

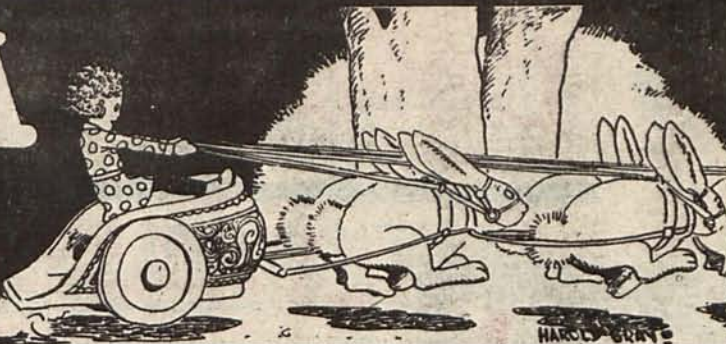


REPRODUCCIÓN MUY REDUCIDA DE LA MAGNIFICA **CAJA DE SOLDADOS** CON 275 PIEZAS QUE FORMAN EL SEGUNDO PREMIO DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES DE **PINOCHO**. LOS SOLDADOS TIENEN 5 CENTÍMETROS DE ALTO CADA UNO



# ANITA

## BUEN-CORAZON



¿SABES LO QUE TE DIGO?  
¡QUE ES LO QUE CUENTAN LOS  
PERIÓDICOS ES MENTIRA. YO  
NO CREO QUE HAYA TANTO  
POBRE QUE SUFRA. EL  
QUE SUFRE ES PORQUE  
ES UN VAGO.



¡ESCUCHE SEÑOR; A MÍ NO  
ME GUSTA ARMAR JALEO EN UN  
SITIO TAN PÚBLICO, PERO CUAN-  
DO OIGO A UN GLOTON COMO  
USTED DECIR MAJADERIAS  
ME SUBLEVO! ¿QUE ES ESO  
DE QUE EL QUE SU-  
FRE ES UN VAGO?



USTED SE ATIBORRA DE CO-  
MER Y DE BEBER Y LO VÉ TO-  
DO DE COLOR DE ROSA. PERO  
HA DE SABER USTED QUE HAY  
MUCHOS POBRES QUE SUFREN  
PORQUE SON UNOS DESGRA-  
CIADOS!



¿NOTE TO-  
MAS EL HE-  
LADO?

¡NO QUIERO  
COMER MAS!  
ESE HOMBRE  
ME HA PUESTO  
DE UN HUMOR  
IMPOSIBLE!



¡BUENO!  
Y ¿QUE ES-  
TÁS PEN-  
SANDO?

¡ES QUE LAS PALA-  
BRAS DE ESE HOM-  
BRE ME HAN TRAIDO  
A LA MEMORIA UN  
SITIO DONDE HAY  
UNA FAMILIA MUY  
POBRE! ¿ME DEJAS  
QUE GASTE MIS AHÓ-  
RROS EN LLE-  
VARLES AL-  
GUNAS COSAS?



CARNE, PATATAS, PAN, MAN-  
TECA, LECHE, HUEVOS, CAFÉ  
Y MUCHAS LATAS DE CON-  
SERVAS Y.... TODO LO  
QUE SE LE OCU-  
RRA.



¿PERO ES  
POSIBLE  
QUE AQUÍ  
VIVAN NADIE?

¡SÍ, PADRI-  
NO! ¡SÍGA-  
ME Y VERÁ!



¡PARECE MENTIRA, EN  
PLENA CIUDAD Y ESTÁN  
CASI MUERTOS DE HAM-  
BRE!



¡TOME! ¡ESTE  
ABRIGO LE HARÁ  
ENTRAR EN CALOR!



¡OIGA; TRAÍGAME EN  
SEGUIDA EL COCHE  
GRANDE PARA LLE-  
VAR A MI CASA A  
UNOS POBRES  
ENFERMOS!



BUENO; AHORA SE PONDRÁN  
BIEN EN SEGUIDA, TIENEN  
COMIDA, CALOR Y LUZ Y  
EN CUANTO EL PADRE  
SE REPONGA LE  
BUSCARE UNA  
BUENA COLO-  
CACIÓN.



NO HAY BIEN QUE  
POR MAL NO VENGA.  
GRACIAS A AQUEL  
TONTO DEL RESTAU-  
RANT HEMOS IDO A  
SALVAR DE LA MUER-  
TE A ESTOS  
DESGRA-  
CIADOS.

¡PARECE  
MENTIRA  
QUE HAYA  
TODAVIA  
QUIEN DU-  
DE DE QUE  
HAY MU-  
CHOS PO-  
BRES QUE  
SUFREN!



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS  
QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)



# Colección Salgari

CADA TOMO 1,25 PESETAS

## TOMOS PUBLICADOS

- 1 Los pescadores de ballenas
- 2 Invierno en el Polo Norte
- 3 La soberana del Campo de Oro
- 4 El rey de los congresos
- 5 Los naufragos del Liguria
- 6 Devastaciones de los piratas
- 7 y 7 bis. Sandokan. 2 tomos.
- 8 La mujer del pirata
- 9 Los estranguladores
- 10 Los dos rivales
- 11 y 11 bis. Los tigres de la Malasia. 2 tomos
- 12 El rey del Mar
- 13 El Capitán Gormonta
- 14 El león de Damasco
- 15 La hija de los Faraones
- 16 El sacerdote de Ptah
- 17 Los solitarios del Océano
- 18 El Estrecho de Torres
- 19 La perla roja
- 20 Los pescadores de perlas
- 21 El corsario negro
- 22 La venganza
- 23 y 23 bis. La reina de los caribes. 2 tomos
- 24 Honorata de Wan-Guld
- 25 Yolanda
- 26 Morgan
- 27 y 27 bis. La capitana del Yucatan. 2 tomos
- 28 y 28 bis. Los horrores de Filipinas. 2 tomos
- 29 Flor de las Perlas
- 30 Los cazadores de cabezas
- 31 El Polo Norte
- 31 bis. A Gordo del Taymir
- 32 y 32 bis. Las panteras de Argel. 2 tomos
- 33 El filtro de los Califas
- 34 y 35. El hombre de fuego. 2 tomos
- 36 Los dramas de la esclavitud
- 37 El continente misterioso
- 38 y 39 Los horrores de la Siberia. 2 tomos
- 40 y 41. Un drama en el Océano Pacífico. 2 tomos
- 42 y 43 El hijo del león de Damasco. 2 tomos
- 44 y 45 Dos abordajes. 2 tomos
- 46 Los naufragos del Spitzberg
- 47 y 48. El Polo Austral en velocipedeo. 2 tomos
- 49 y 50 La Costa de Marfil. 2 tomos
- 51, 52 y 53 Los mineros de Alaska. 3 tomos
- 54 y 55 Los pescadores de trepang. 2 tomos
- 56 y 57 El buque maldito. 2 tomos
- 58 y 59 El rey de la pradera. 2 tomos
- 60 y 61 El Capitán de la O'Jumna. 2 tomos
- 62 a 65 Los hijos del aire. 4 tomos
- 66 El falso Bracman
- 67 La caída de un Imperio
- 68 y 69 El desquite de Yañex. 2 tomos
- 70 y 71 La favorita del Mahdi. 2 tomos.

## DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Si en alguna no encontráis los tomos que queréis, pedidlos, enviando su importe, a la

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA",

S. A., calle de Valencia, 28, MADRID,

que remite gratis todas sus publicaciones, sin aumento de precio, a toda España y América. Los Pinochistas americanos pueden fácilmente remitir el importe, aun tratándose de pedidos muy pequeños, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.

